



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,

DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,

AÑO II.

Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO.

NÚM. 36.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	4 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.	48 pesetas.

SE PUBLICA LOS DÍAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administración: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 30 de Diciembre de 1879.

REBAJA DE PRECIOS DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administración, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripción por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

UN DIA DE CAZA

EN EL CASTILLO

DE S. M. LA REINA DE ESPAÑA.

El miércoles de una de estas últimas semanas recibí á las cinco de la tarde el telégrama siguiente :

«CHATEAU DE FONTENAY TRÉSIGNY.—Mañana se verificará aquí una pequeña cacería, á la cual os invita S. M. Tomad á las ocho y treinta minutos el tren de Marles-la-Houssaye. Un carruaje os esperará en la Estación.—ALTA VILLA.»

El Sr. Marqués de Alta Villa es el gran chambelan ó jefe de la casa de S. M. la Reina de España.

Á la mañana siguiente y á la hora indicada bajaba en la Estación de Marles, donde me aguardaba, en efecto, un coche tirado por dos mulas andaluzas, que en ménos de un cuarto de hora me pusieron al pié de la escalera de honor del castillo de Fontenay-Tresigny.

Al entrar en el vestíbulo saludé á tres ó cuatro personajes vestidos en traje de caza, y á quienes tuve la honra de ser presentado pocos momentos despues.

Subí al primer piso para entrar en la habitacion que me habia sido graciosamente destinada, cuando apercibí al Marqués de Alta Villa vestido como los señores á quienes encontré en el vestíbulo.

—¿No venis en traje de caza? me preguntó tendiéndome la mano. Vestíos aprisa; vamos á almorzar dentro de un instante y marchamos de seguida.

—¿Pero almorzaremos... solos? le pregunté. ¿Y S. M.?

—S. M. nos dispensa el honor de admitirnos á su mesa.

—¿En traje de caza?

—En traje de caza.

No me tocaba más que obedecer, y obedecí. No se necesita á la verdad mucho tiempo para arreglarse, calzar las botinas y abrocharse las polainas; así que á los diez minutos bajé á la sala de billar, donde estaban reunidos los convidados de la Reina.

Entonces tuve la honra de ser presentado á S. A. el Príncipe Luis de Borbon, al Sr. de la Puente, padre del Marqués de Alta Villa, y al Sr. Marqués de la Merced, gentil-hombre, é invitados como yo por su Reina, y algunos minutos más tarde á la Marquesa de Alta Villa, y á sus dos encantadoras hermanas políticas, señoritas de la

Puente, que debian tambien acompañar á S. M. y cazar con nosotros.

En aquel instante apareció la Reina.

He visto en mi vida muchos altos personajes rodeados por su situacion de merecidas deferencias y de sincero cariño; pero no me acuerdo nunca de haber observado un impulso igual en todos los corazones.

Los familiares de la casa fueron acogidos con esa benevolencia soberana, propia de los grandes de la tierra, cuando éstos son buenos y sencillos. Aun veo á las señoritas de la Puente ir á besar la mano de la Reina, y á S. M. devolverles aquel beso en la frente, tendiéndoles su Real mano, tocada de nuevo por sus labios.

Y todo ello hecho con una gracia y una sencillez encantadoras, y si se me permite decirlo, con la misma efusion de una y otra parte.

Es que la Reina es adorada de toda su servidumbre, y desde el Mayordomo mayor hasta el último de los lacayos, no hay servidor que deje de serle adicto desde lo más profundo de su corazon.

No se califiquen de aduladoras mis palabras: simple cazador como lo soy, entiendo poco ó nada del oficio de cortesano; y si se necesita otro testimonio que el mio, hé aquí uno que no puede considerarse como hijo de la adulacion. Ignorando si tendria ó no necesidad de sus servicios, llevé conmigo á un guarda, y el valiente muchacho ha observado en sus compañeros y en la baja servidumbre de S. M. los mismos sentimientos notados por mí en las personas que rodean á la Reina desde cerca.

Llegóme el turno de presentar á S. M. mis respetuosos homenajes, y confieso que le expresé bastante mal mi gratitud por la benevolencia con que me recibia y por la honra que en aquel dia me dispensaba.

No por mi torpeza dejé de ser acogido con una bondad cuyo recuerdo conservaré toda mi vida.

Seguimos á S. M. al comedor, donde la Reina se mostró igualmente amable con todos, y la conversacion, como era natural, recayó sobre la caza. La Reina se dignó hablarme de *La Chasse Illustrée*, de lo que hemos hecho y de lo que esperamos hacer todavía, pasando revista á las mejoras y adelantamientos que la caza reclama en Francia. Grandes cazadores uno y otro, S. A. el Príncipe de Borbon y el Marqués de Alta Villa, me interro-

garon acerca de la famosa perrera que hemos fundado, y de la que llevé á Fontenay uno de los perros más notables. El tiempo, como es consiguiente, pasó pronto, y cuando S. M. dió la señal de marcha, el gran *char-à-bancs*, tirado por cuatro hermosas mulas, regalo del Rey D. Alfonso XII, nos aguardaba hacia un cuarto de hora al pié de la escalinata del edificio.

La Reina, la Marquesa de Alta Villa, las señoritas de la Puente, la señora de Perez y los invitados se colocaron en el interior. Guiaba el Marqués de Alta Villa, y yo me apresuré á aceptar la proposicion que me hizo de sentarme á su lado.

Encontrarse de repente trasportado á plena Andalucía, tener ocasion de admirar, en vez de un par de percherones normandos, una curiosidad única en Francia, un tiro de mulas enjaezadas al estilo andaluz, con campanillas, caireles y pompones, animales admirables, que se manejan con la voz sin necesidad de recurrir al látigo, que emprenden un rápido galope cuando se les manda, y que al oír la frase de *¡al trote, al trote!* comienzan á trotar de repente, abandonando el anterior movimiento, todo ello, y el lector será de mi opinion, ofrecia un cuadro clásico de color local, propio para excitar el entusiasmo de un hombre que no ha atravesado nunca los Pirineos, ni conoce más que de reputacion las maravillas de esa tierra que se llama España.

Mi admiracion duraba aún despues de llegar al sitio en que debia verificarse la partida.

Los guardas y los ojeadores estaban ya en sus puestos, y desde el punto en que se colocaron los tiradores, dió comienzo la batida.

S. M. llevaba un traje de terciopelo color de ante, cuya falda cubria por mitad unas finísimas botas de caza. La Marquesa de Alta Villa y las señoritas de la Puente vestian unos trajes sencillos de tela impermeable llamados en inglés *waterproof*, ó sea á prueba de agua.

Un carruaje pequeño, tirado por dos preciosas jaquitas de Navarra, de cabeza fina, de cuello engallado y de remos de corzo, conducia á la Reina de un puesto á otro cuando era larga la distancia que habia que recorrer.

S. M. ocupaba uno adonde la condujo el Marqués de Alta Villa, director de la cacería, y los invitados por la Reina se escalonaron á lo largo de la línea en puestos

marcados por los números de orden, que indican en cada batida los parajes donde deben detenerse los tiradores.

Un instante después se rompió el fuego, y empezaron á caer faisanes, liebres y conejos.

No es mi propósito describir cada uno de los ojeos que se siguieron sin interrupción hasta la caída de la tarde, porque son semejantes todas las cacerías que se hacen por dicho sistema.

Muchas veces, durante el día, tuve la honra de ocupar un puesto inmediato al de S. M.; y para dar un pormenor que ruboriza sin duda al redactor-jefe de *La Chasse Illustrée*, confesaré que en el momento mismo en que erraba una liebre, la Reina me demostraba con su certero disparo cómo se echaba á rodar á un animal que para salvarse debió buscar otro sitio ménos hábilmente guardado.

No hace más que un año que pertenece á S. M. la posesión de Fontenay, que es muy extensa y reúne todas las condiciones de un coto de primer orden. Tiene una vasta y fértil llanura, y bosques excelentes y á propósito para la cría y multiplicación de la caza.

Pero en dicho coto todo estaba por hacer, y ha sido preciso el concurso inteligente y los conocimientos prácticos del Marqués de Alta Villa para sacar en poco tiempo partido de la finca y convertirla en un cazadero de primer orden.

En el parque que rodea al edificio abundan mucho los faisanes; y yo, que conozco al dedillo los departamentos de Seine et Oise y Seine et Marne, declaro que no he visto terreno más favorable á la multiplicación del faisán.

El número de animales dañinos era considerable, pero desde el primer día se les hizo una guerra sin tregua ni compasión; y á medida que se iban destruyendo, iban aumentando las piezas de caza de un modo inconcebible.

Aquí he visto una nueva prueba de la verdad que tantas veces he sostenido:

—Si se quiere tener caza abundante, no basta soltar perdices en el llano ni faisanes en el bosque, y luego esperar con los brazos cruzados. Si en la campiña hay animales dañinos, de cualquiera clase que sean, serán vanos todos los esfuerzos é inútiles cuantos dispendios se hagan. Lo primero que ha de hacerse es destruirlos, y luego repoblar así que hayan desaparecido.

Felicitó, pues, al Sr. Marqués de Alta Villa porque ha dado pruebas de ser un cazador verdadero.

En este año se han recogido ya los frutos de tan acertada práctica, y solamente en el llano se han matado en algunas cacerías más de 480 piezas, guarismo respetable, si se tiene en cuenta la penuria á que nos han reducido las lluvias persistentes de la primavera y del verano.

Es indudable que, siguiendo esa línea de conducta, el Marqués de Alta Villa, secundado por guardas hábiles y experimentados, conseguirá muy pronto convertir la finca de S. M. en el coto más brillante y mejor provisto de los alrededores de París.

Desde hoy, vuelvo á repetirlo, hay pocos que puedan compararse con el de Fontenay, y S. E. me parecía demasiado severo consigo mismo declarando al final de la batida que habíamos sido afortunados á medias.

En casa de la Reina los resultados anunciados de antemano son siempre *verdad*. No sucede lo mismo en otras partes.

Muchas veces se anuncia á són de trompeta el número de piezas muertas en ciertas cacerías; pero la verdad es que las magnificencias de que nos hablan algunos periódicos del *bigb life* están muy distantes de ser la expresión exacta de los hechos.

Yo podría citar ciertas cacerías en donde las cosas pasan de diverso modo que en los dominios de S. M. La víspera de la cacería se manda á los guardas que maten cincuenta ó cien faisanes, y algunas veces más, según la abundancia de ellos, y al día siguiente se añaden dichas piezas á las que han muerto los tiradores, sin que nadie haya pensado jamás en protestar contra semejante superchería.

Pero en Fontenay no sucede lo mismo: después de cada tirada se inscriben inmediatamente las piezas á nombre de cada cazador, se totalizan por la noche, y ese total corresponde siempre exactamente al número de las depositadas en el furgon que sigue la marcha de toda batida.

Hice estas observaciones durante el día, y confieso que la comparación no redundaba precisamente en ventaja de ciertos cotos que gozan de elevada reputación.

La noche vino demasiado pronto á interrumpir con sus sombras tan agradable día, cuya memoria no se borrará con facilidad de mi mente.

Antes de subir al coche para regresar al castillo, seguimos á S. M. á un pabellón de caza, de construcción rústica, que contrasta de un modo singular con los esplendores propios de los palacios Reales. Sacáronse provisiones de una cesta, y como quiera que empezase á llover, dió orden la Reina para que entrasen los guardas, quienes se colocaron como pudieron en la misma pieza en que se hallaba S. M., participando con todos de las delicias de aquel *lunch* improvisado.

Era de ver aquella Reina, descendiente de la más antigua raza de las monarquías europeas, sentada en un sencillito pabellón de caza á pocos pasos de sus guardas. ¡Imagínese el lector la impresión que esto produciría en el ánimo de los que rodeaban á la Reina, admirando tanta sencillez unida á tanta grandeza!

Había ya cerrado la noche cuando subimos al coche, emprendiendo las mulas la caminata con el mismo ardor que aquella mañana.

Llegados al edificio, fué cada cual á su habitación, y pronto se reunieron los huéspedes de S. M. en la sala de billar, adonde entró la Reina pasados breves instantes.

—¿Jugais al billar? me preguntó S. M. No tengo otro entretenimiento que ofreceros.

Y la Reina se dignó aceptarme por compañero en una partida empeñada contra la Marquesa de Alta Villa y S. A. el Príncipe de Borbon. Tratábase de un juego español en el que no soy perito, y tuve la mala fortuna de que S. M. perdiese dos veces por causa mía.

La comida fué una reproducción exacta del almuerzo. Mostróse la Reina tan amable como de costumbre con todos, y cuando le pedí la vénia para retirarme, se dignó invitarme á que volviese pronto á Fontenay.

¿Es posible, ni soñar siquiera, más galante acogida, cuando apenas hacía ocho días que tuve la honra de haber sido presentado á S. M.?

Y es que la grandeza no excluye la benevolencia y la sencillez, sino en aquellas personas que llegan penosamente á una situación elevada. Se acuerdan que han sido pequeñas, y hacen pagar á los simples mortales las humillaciones que les ha costado su elevación.

En cuanto á los que en todo tiempo se han visto rodeados de homenajes y de respetos, esos pueden ser buenos, sin dejar por ello de ser grandes.

ERNEST BELLECROIX,
Redactor-jefe de *La Chasse Illustrée* de París.

CAZA DE LIEBRES EN LOS ALREDEDORES DE ISMAILIA.

(Véase la lámina de la página 285.)

África ofrece un nuevo mundo á los cazadores que hasta aquí se han limitado á recorrer y explorar los campos de Europa, y principalmente si se deciden á atravesar las doscientas millas de montañas que separan el mar de arena del mar de agua.

El clima en invierno es de lo más delicioso que puede imaginarse, excepto en los alrededores de los pantanos, donde hace un frío húmedo y malsano, que es preciso evitar á la salida y á la puesta del sol.

Pero aparte de esto, ¡qué tierra tan feraz y tan virgen! ¡Qué pureza la del azul de aquel cielo que cobija á las alondras, á las becadas y á las golondrinas!

Las perdices rojas aletean por millares en las alamedas naturales que forman los bosques de Medeah; las gacelas y los antílopes animan con sus carreras y sus gallardos movimientos el majestuoso panorama que ofrecen á la vista las llanuras de Lar'ouat; las codornices se juntan en bandadas para calentarse al sol en las playas que se extienden desde el Cabo Beniacha hasta las cercanías de Delhy, y los hurraños jabalíes tropiezan en los oasis de datileros con las avutardas, que huyen espantadas del llano para encontrar en los peñascales á las hienas y á las pan-

teras, que las acechan al aguardo escondidas entre la maleza ó entre los espesos troncos de las palmeras.

Pero si el cazador no quiere internarse mucho en este misterioso país tan lleno de encantos y de emociones, y prefiere no alejarse de los puntos inmediatos á pueblos en donde ha germinado ya la semilla de la civilización, puede elegir como campo de sus maniobras toda la parte comprendida entre las últimas olas del Mediterráneo y las primeras aguas del mar Rojo, siguiendo casi la orilla del famoso canal que ha venido á trastornar gloriosamente hasta las condiciones geográficas de esa parte del globo.

Las liebres abundan en el Istmo de Suez, especialmente en los alrededores de Ismailia, esa preciosa ciudad surgida casi de la noche á la mañana de las cálidas arenas de lo que ántes era un inclemente y silencioso desierto.

Para cazar allí fructuosamente es indispensable buscar á Ismael.

¿Y quién es Ismael? preguntarán los lectores.

Ismael es un tipo en toda la extensión de la palabra: es el jefe de los camelleros de Ismailia, y el hombre que sirve, además, de asesor y de guía al Director europeo de los tránsitos del Istmo.

Montado en su dromedario favorito, nuestro héroe, que domina más el terreno que los otros jinetes, descubre y señala la caza con una varita que lleva en la mano á guisa de cetro, según puede verse en la característica lámina que ilustra al presente artículo.

No hay árabe que conozca mejor que él los escondrijos, las sinuosidades y los accidentes del desierto.

A un signo especial suyo comienza la caza; cazadores y Amazonas sueltan bridas á sus corceles, y los *sais* desatrállan los perros. Estos son de pelo largo y pequeña estatura, pareciéndose mucho al *epagneul* enflaquecido. Corren lo mismo que saetas, y acosan con suma facilidad á las liebres.

Los cazadores las tiran á la carrera, tiro difícil por todo extremo, y que exige tanta costumbre como serenidad y sangre fría. Los campos llamados de *Salabieb* son, por lo común, el teatro en que se representan estas escenas cinemáticas.

La liebre egipcia es pequeña, muy flaca, y vive en los matorrales de tamariscos, preciosos arbustos que rompen la monotonía de aquel lado del Desierto.

La caza es más bien un pretexto para correr y tirar á caballo, que no la realización del deseo de comer un buen timbal; pero el espacio es tan inmenso, la llanura tan infinita, y el cielo tan puro, que caballos y caballeros, atacados por un vértigo irresistible, devoran el espacio, embriagándose con el placer supremo de beber á raudales el delicioso aire africano que allí se respira.

Apénas tiene tiempo el cazador de limpiarse la frente del sudor que la inunda, ó de tomar un momento de reposo, porque Ismael, encaramado en la giba de su dromedario, hace la seña indicando el sitio de donde arrancan nuevas piezas.

Parten de nuevo los jinetes á la carrera, hasta que al caer la tarde vuelve la comitiva á Ismailia, precedida del famoso camellero, el cual lleva colgados como trofeos en la *rabala*, que es la silla de su cabalgadura, los productos de la caza más divertida é interesante que puede hacerse en los dominios de los antiguos Faraones.

J. M. C.

DESTRUCCION DE CUERVOS.

(Véase la lámina de la página 288.)

«Cria cuervos y te sacarán los ojos», dice el adagio, y á falta de otros defectos, bastaría por sí solo el feo de la ingratitud para hacer aborrecible al sucio pajarraco de cuya destrucción se ocupan los cazadores, haciendo con ellos verdaderas hecatombes, como puede verse en el grabado con que ilustramos este artículo.

Los muladares infectos y los cadáveres de animales putrefactos son la base de su alimento, y si se ceba con la carne que aún tiene vida, es con la de seres débiles, como corderos, gazapos y lebratillos. Cuando ataca á los animales grandes, lo cual sucede raras veces, suple con el ardor la fuerza que le falta, agarrándose tenazmente al lomo de los búfalos, royéndolo poco á poco después de

haberles vaciado los ojos. Como si esto no fuese bastante, se sustenta con toda clase de frutas, granos, insectos y peces muertos, de manera que ningún otro animal mejor que el cuervo merece la calificación de omnívoro.

La violencia y universalidad de su apetito ha sido causa de que unas veces se le proscibiera como ave dañina y destructora, y de que otras le protegieran las leyes como bienhechora y útil. Y, en efecto, un pájaro que tanto consume es un gravámen para el pueblo pobre y reducido, al paso que es apreciable en país rico y populoso, porque le libra de inmundicias de todo género, que prefiere á los alimentos sanos y sencillos. Se explica perfectamente, pues, que en Inglaterra se prohibiese hacerle el menor daño, y que en la Isla de Malta se pusiera precio á su cabeza.

Añádase á las repugnantes cualidades con que acabamos de hacer el retrato moral del cuervo, su plumaje lúgubre, su grito más lúgubre todavía, su mirada feroz y las pestilentes emanaciones que salen de su cuerpo, y se justificará el disgusto y el horror que á la gente inspira, considerándole también, para complemento de desdichas, como ave de mal agüero, cuya presencia vaticina un desgraciado porvenir.

Esto último, sin embargo, no es más que una simple preocupación. La ciencia nos enseña que toda la de los cuervos se reduce, como sucede á los demás moradores del espacio, á conocer mejor que nosotros el elemento en que habitan, á presentir los más pequeños cambios de temperatura, anunciándolos con gritos y acciones que son efectos naturales de dichas mudanzas.

En los tiempos de oscurantismo, en que los arúspices tenían gran predominio en materias religiosas, los cuervos no podían dejar de ser aves muy interesantes, estudiándose con esmero todas sus acciones, llevando algunos fanáticos su locura hasta el extremo de comer el corazón y las entrañas del ave con la esperanza de adquirir por este medio el don de profecía.

El cuervo es susceptible de ser domesticado, y la misma flexibilidad de su índole le sirve, no sólo para moderar su voracidad, sino para arreglarla á veces en servicio del hombre. Plinio nos habla de un cazador que cobró en Asia gran fama por su habilidad en adiestrar cuervos para la caza de perdices, faisanes y aun cuervos; pero sólo perseguía aves de su misma especie cuando se veía hostigado por la presencia del halconero.

El olfato de estos pájaros, que es muy fino, les ayuda á descubrir los cadáveres desde enormes distancias, atribuyéndoseles por ciertos autores la singular industria de revolver las capas de la tierra en que presienten que viven en el invierno mayor número de lombrices, á fin de devorarlas cuando salen á la superficie, asustadas con lo que para ellas debe de ser un formidable terremoto.

Los cuervos no nacen negros, y tampoco tienen este color cuando mueren de viejos, porque en este caso la pluma se va volviendo amarilla por falta de nutrición. Como la naturaleza no presenta jamás uniformidad absoluta, el matiz negro que domina en el ave está mezclado con violeta en la parte superior del cuerpo, con verde en la inferior y con ceniciento en la garganta. Sólo los pies, el pico y las uñas son de aquel color, y por cierto de una tinta bastante fuerte. El órgano del oído le tiene más complicado que ningún animal, y debe ser muy sensible para creer lo que dice Plutarco, de que se ha visto á algunos cuervos caer al suelo atolondrados por los gritos de una multitud agitada por algún movimiento.

Ya hemos dicho que el apetito de este animal se extiende á toda clase de alimentos, lo cual redundaba en perjuicio suyo, por la facilidad con que los pajareros encuentran cebo si se proponen cogerlos, verificándolo con redes, con lazos, y aun con reclamos como á los pajarillos.

De la elevación del vuelo de los cuervos y de la condición de alimentarse en cualquier parte se deduce claramente que tienen todo el mundo abierto. Desde el Círculo Polar hasta el cabo de Buena Esperanza se les ve por do quiera, y lo mismo en Méjico que en el Canadá y en la isla de Santo Domingo. Cuando han llegado y establecido en un país cualquiera, planteando en él su vida y sus costumbres, no lo abandonan ya, del mismo modo que conservan grande amor al nido que construyen, sirviéndose de él por espacio de muchos años.

El cuervo para los cazadores es un enemigo declarado, con el que no debe tenerse compasión de ningún género. No sólo devora los huevos y los polluelos en los nidos que caen bajo sus asquerosas uñas, sino que en el invierno, cuando la tierra se halla cubierta de nieve, y las pobres perdices extenuadas de hambre y medio muertas de frío no pueden huir ni defenderse, caen sobre las infelices y las sacrifican á su glotonería y á sus instintos de destrucción.

Como todos los infames y los cobardes, es desconfiado, huele además la pólvora y es difícil acercarse á él y matarlo, de no hacer lo que los cazadores que representa nuestra lámina, ó sea esperar á la entrada de un bosque esas bandadas en que van por centenares á pasar la noche en las ramas de los árboles más corpulentos, arrebatándoles con el plomo una vida odiosa que no causa más que daños, y disminuyendo en lo posible el número de esos verdaderos bandidos de la tierra y del espacio.

F. C.

EL OSO.

Es el oso, á pesar de que en España no se cria más que el pardo, el animal más corpulento de nuestros montes. Antiguamente muy abundante, según los libros de montería del siglo XIV, hoy se ve reducido á muy estrechos límites en las faldas del Pirineo y la cordillera Cantábrica.

Pertenece por su clasificación al orden de los carnívoros y á la familia *Ursinae*. En Europa se conocen dos castas de osos; el negro (*Ursus niger*, Cuv.) y el pardo (*Ursus arctos*, L.), que constituyen una especie.

El oso pardo vive lo mismo en las regiones frías que en las zonas templadas de Europa y Asia. En Europa se le encuentra en las selvas de Livadia, Rusia, Kurlandia, Hungría, Tirol, Stiria, Carnolia, Italia, España y Suiza. Alcanza una edad de treinta años, cuatro pies de altura, y su pelo es castaño ó rojizo. Los oseznos tienen hasta los tres años un collar blanco. Tanto en los países del Norte como en los del Mediodía é intermedios, existen variedades de pelo gris y blanquecino.

La cabeza de este animal por la parte superior es ancha y plana, y la más débil de su cuerpo, pues sólo un golpe es suficiente para privarle de la vida. La oreja es corta y redonda; sus pequeños ojos, hundidos.

El cuello es fuerte y corto; el cuerpo, grueso y corto también; las patas, cortas y muy robustas, y los pies, semejantes en su planta á los del hombre, tienen cinco dedos provistos de uñas muy fuertes y agudas: la cola es corta.

Tiene los sentidos muy finos: la vista, sin embargo, está atacada con frecuencia por enfermedades que la debilitan. Cazadores suizos me han asegurado que cuando se siente el oso enfermo de la vista, acude á las colmenas é introduce la nariz en una de ellas con objeto de que las abejas le piquen, y por la pérdida de sangre descargar los ojos del humor que les perjudica.

El oso tiene al andar un movimiento de un costado á otro, producido por la circunstancia de mover al mismo tiempo el pie y la mano de un mismo lado. A pesar de presentar un aspecto pesado, no lo es, pues trotando alcanza á un caballo que marche al mismo aire. Tiene gran facilidad para encaramarse á los árboles; de modo que el que se vea perseguido por un oso, no tiene probabilidad de salvarse subiendo á los árboles.

De temperamento flemático, huye del hombre si éste no le reta; pero hostigado ó herido, ataca con ferocidad: levantándose sobre los pies y abrazando á su enemigo, le estrangula entre sus brazos. Tiene tal fuerza en ellos, que un solo golpe de sus manos es suficiente á matar á un perro.

El rugido que produce el oso se oye sólo cuando está furioso; pero se le siente un sonido que produce estando echado y en los momentos en que se encuentra satisfecho.

El celo del oso empieza en Junio, y partidario de la monogamia, rara vez cubre dos hembras. A fin de Enero pare la osa un oseño la primera vez, dos y tres las demás. Así que llega el momento de parir, la osa busca una cueva en el sitio más recóndito del monte, ó bajo las ramas de algún árbol caído, formando un lecho de hojas, mus-

go ó hierbas secas: en él deposita sus hijos, que son extremadamente pequeños, pues no existe ningún animal vivíparo que dé crías tan desproporcionadamente pequeñas como el oso. Ridículo parece que un animal de tanta corpulencia produzca hijos cuyo tamaño no excede al de un cachorro de Terranova al tiempo de nacer.

La osa no abandona á sus hijos hasta que han aprendido á buscarse la comida y á subir á los árboles. Es madre cariñosa y vigilante, y los defiende hasta perder el último aliento. ¡Desgraciado del que quiera robarle su tesoro!

Hasta el próximo celo los protege y amamanta; pero llegada esta época los abandona para ir en busca de su consorte, que conduce á su cueva, habiendo procurado antes hacerla desalojar por sus hijos, que no regresan mientras dura el celo; el oso la abandona siempre por los días en que la osa pare de nuevo. Por esta época se disuelve la familia, marchando cada cual á vivir por su cuenta, excepto la madre, que se queda con sus nuevos hijuelos.

El oso cuando vive solo elige por vivienda las marañas más espesas, ó las rocas ó sitios pantanosos más impenetrables. Si no es molestado, se pasa en su encamo la mayor parte ó todo el día, entregado á las delicias del *dolce far niente*, en actitud melancólica, separado de sus semejantes.

Cuando llega el invierno cubre su guarida para protegerse de las fuertes heladas, y permanece en completa quietud, no siempre durmiendo, y dejando consumir el saín de que está cubierto, cuya capa es por otoño de cuatro ó seis dedos de gruesa; y olvidando por completo su alimento, sólo se entretiene en lamer sus garras, demostrando su satisfacción por medio de un gruñido ronco prolongado. Tampoco estercola durante este período, y sólo lo verifica al abandonar su guarida en la primavera.

El oso se alimenta principalmente de vegetales, hierbas, raíces alimenticias, castañas, bellotas, frutas silvestres y madroños. Su alimento predilecto son los huevos de hormiga, la miel, las uvas, las truchas y otros peces. Jamás ataca al hombre si no es atacado. Tampoco ataca á los demás animales; pero si está herido ó perseguido por los perros, ó bien la madre se ve obligada á defender á sus hijuelos, el oso abraza á sus enemigos y los ahoga con sus formidables brazos, ó bien los despedaza con sus fuertes y afiladas uñas.

La buena época del oso, ó cuando está más gordo, es por la segunda mitad del otoño; y tanto por esta razón cuanto por ser mejor la piel por dicha época, es la mejor para darle caza. Su carne es exquisita, y la que he hallado de más afinidad con la de vaca, aunque superior; sobre todo, los jamones son excelentes, y las manos y pies han llegado á adquirir una fama merecida. La grasa de oso es muy apreciada y tiene la propiedad de no hacerse rancia fácilmente.

La piel es de valor por la duración y su gran tamaño.

El oso se caza en aguardo, rececho y ojeo.

En Rusia y en todos los países del Norte se caza generalmente á ojeo con buenos perros. Cada tirador tiene á su lado un montero con un chuzo, que allí llaman *saufeder* cuya moharra tiene una longitud de 40 centímetros con una anchura de 6; por la parte donde está unida al asta forma una cruz que impide que la res sea atravesada. Ocioso es decir que para aguantar un oso con el chuzo se necesita una fuerza extraordinaria y mucho corazón; y sin embargo, en varios casos no son suficientes á evitar percances, porque el oso, así que se siente herido, se levanta sobre los pies y avanza á abrazar al enemigo, y al presentarle éste la punta del chuzo, le da una manotada para desviarle, lo que se debe evitar á toda costa, porque si el oso lo consigue, el montero está perdido.

No he tenido proporción de asistir á ninguna montería de osos, á pesar de haber habitado los países donde aún son bastante frecuentes; por esta razón nada puedo decir por experiencia propia acerca de la caza de este animal.

TORRE AYLLON.

LOS PERROS Y LA BULA DEL PAPA.

Los graves alemanes se divierten algunas veces; buena prueba es de esto el siguiente relato de origen germánico, gracioso por más de un concepto.

Lo que vamos á contar sucedió en una época indeterminada, en el buen tiempo pasado, cuando el Pontífice de Roma mandaba á pueblos y á reyes, juzgaba las quejas de los príncipes, y recibía, como árbitro supremo, las quejas de los oprimidos.

Cansados un día de verse maltratados por sus amos, tuvieron los perros un gran consejo en Alemania, en el que debían discutirse los medios de obtener algún alivio en su desgraciada suerte.

En este consejo universal tomaron parte no pocos delegados, que vinieron de todas las provincias de la cristiandad.

Los debates fueron muy amplios y acalorados; muchos oradores expusieron, con acento conmovedor, los infortunios de la raza canina, la dureza de su esclavitud, el egoísmo, la crueldad, la avaricia de los amos.

Cada raza hizo presente sus quejas particulares. Los perros de caza se querellaron de no trabajar más que para cazadores de dos pies. «No contentos, dijeron en el calor de la improvisación, con apoderarse de nuestro botín, y no dejarnos más que los huesos, nuestros amos rehúsan reconocer los inmensos servicios que nos deben. Hasta con sobrada frecuencia nos imputan sus propias faltas y nos castigan por sus torpezas.»

Los perros de pastor se quejaron de los graves castigos, las brutalidades, la falta de un alimento suficiente, de la necesidad en que se hallaban de comer las inmundicias y los cuerpos de animales infectos, que se pudren á orillas de los caminos.

Los perros falderos, aunque ménos maltratados, no dejaron de protestar contra la tiranía de sus amos, cuyos caprichos, gustos extraños y rarezas, ponían su paciencia á las pruebas más rudas.

Además de las quejas particulares, había una común á todas las razas. Los oradores la designaron con una singular energía, que la daban más vigor aún los aplausos, las patadas, las exclamaciones del Consejo. Esta era la grande iniquidad que pesaba sobre la especie entera, que sublevaba todas las conciencias y suscitaba las cóleras más feroces. Todos los delegados, sin excepción, se quejaron de un régimen contra naturaleza, que condenaba á los pobres estómagos caninos á debilidades, á retortijones crueles, á ansiedades nunca satisfechas. «Al desprecio de las leyes naturales, exclamaban los tribunos con indignación, se nos priva de la carne. Muchos de nosotros no la prueban jamás; á los otros se la limitan hasta un punto inverosímil. Y, sin embargo, somos carnívoros!»

Todos los oyentes formaron con sus voces un coro general.

—¡Nosotros somos carnívoros! murmuraron los perros.

—¡Somos carnívoros! aullaban los mastines y los perros de presa.

—¡Somos carnívoros! gruñían bajo de sus mostachos los ásperos grifones.

Larga fué la enumeración de las miserias de la especie canina, y ocupó muchas sesiones. A medida que los agravios se acumulaban, aumentaba la indignación, las quejas se volvían más amargas, y los clamores de los congregados se asemejaban más y más al bramido de la tempestad.

De repente, una voz sonora, pero fría y serena, dominó el tumulto. Era la de un talento práctico, enemigo de largas frases y vanas declamaciones, recordando que no se habían reunido para proferir vanas lamentaciones, sino para buscar los medios de hacer cesar los abusos. «Nuestras miserias, dijo, las conocemos demasiado. El remedio es lo que se trata de buscar.»

Esta observación, llena de justicia, reunió el asentimiento general; el presidente invitó á cada diputado á manifestar su parecer sobre lo que era preciso decidir. Muchas proposiciones se presentaron.

Los más ardientes se pronunciaron por la insurrección; los moderados propusieron suplicar en las cortes de los príncipes y en el palacio de los señores. Los pareceres estaban divididos, cuando un veterano, un sabio, pidió la palabra.

—Amigos míos, dijo, creed en mi antigua experiencia; desconfiad de los impulsos de la cólera. No prestéis oídos á esta juventud impetuosa que os aconseja la revolución; los hombres son más fuertes que nosotros. Por otra parte, ¿qué seríamos nosotros sin nuestros amos? Os quejáis de

estar mal alimentados; ¿qué sería si os vierais obligados á vivir al acaso, con el solo producto de vuestra caza? No tardaríais en echar de ménos vuestra antigua servidumbre, cuando el estómago en ayunas, transidos de frío, expuestos al viento, á la lluvia ó á la nieve, recordarais que en otro tiempo teníais un alimento, si no succulento, á lo ménos regular, y un abrigo contra el invierno.

«Se os ha propuesto solicitar el apoyo de los reyes y los grandes señores. Esto sería más razonable, pero calculad á cuántos príncipes y grandes tendríais que acudir. Algunos se mostrarían sin duda compadecidos; pero cuántos feroces y sanguinarios encontraríais que se reirían de nuestros infortunios, en vez de prestarnos socorro!»

«Para mí, conozco un medio más sencillo y más seguro de mejorar nuestra suerte. Hay un hombre más poderoso que los reyes, cuya palabra es una orden sagrada, no sólo para la multitud de seres humanos, sino también para los príncipes y emperadores. Tiene el derecho de mandar á todos, porque representa á Dios en la tierra. Me refiero al Papa. Si conseguimos captarnos su apoyo, ¿no creéis, amigos míos, que sería para nosotros más eficaz que todas las medidas propuestas?»

—Sí, sí, exclamó el consejo. Teneis razón: es al Papa á quien debemos dirigirnos.

—Propongo, pues, prosiguió el Nestor, enviar á Roma un embajador encargado de exponer al soberano Pontífice nuestra desgraciada situación, manifestándole que tenemos derecho á que se nos trate con más miramiento, siendo como somos criaturas de Dios, pidiéndole, por último, una bula recomendando á todos los cristianos que nos traten de una manera más humana, y de darnos carne, como reclama imperiosamente nuestra naturaleza de perros.

—Hasta los viénes, tartamudeó un perro de aguas.

—Hasta los viénes.

La proposición del veterano fué adoptada por unanimidad.

Se le pidió que aceptara la misión de ir á obtener el apoyo del Padre Santo, pero rehusó; sus muchos años no le permitían emprender un viaje tan largo.

Se decidió que se nombrara el embajador por votación. Como la elección se improvisó al momento, no pudo haber ni intriga ni cábala alguna; fué el más digno el elegido, un perro joven aún, perro de sentido reposado, de raza germánica, robusto, elocuente y de hermosa presencia.

Vista la urgencia, se convino en que partiría al momento. Se le hicieron mil recomendaciones. «Apresuraos, le dijeron; no olvideis que os esperamos con la mayor ansiedad. Sobre todo, una vez portador de la preciosa bula, tened cuidado que no os la roben. Si corrieseis un grave peligro, procurad ponerla en manos de una persona segura que nos la entregue.

—Estad tranquilos, contestó; la guardaré de modo que no la vea nadie. La meteré cuidadosamente arrollada, aquí, bajo mi cola, que tendré muy buen cuidado de no levantar. Nadie pensará dónde la tengo escondida, de modo que no se le ocurrirá el ir á buscarla en ese sitio, y tendré mis dientes libres para defenderla. Recomendaría la misma precaución al que me remplazara, en caso de una desgracia.

Los perros ancianos le hicieron presente que desconfiara de las emboscadas, y de sus propias pasiones, de la intemperancia, de las bellezas, especialmente en un país de costumbres livianas como Italia, á donde tenía que ir.

Después de todas estas advertencias y consejos, le desearon un viaje feliz, y partió.

Fuerte, ágil, bien amaestrado en su camino, llegó á Roma en poco tiempo.

Introducido en el palacio del soberano Pontífice, y llevado á su presencia, abogó calorosamente por la causa de su especie, presentándole el cuadro de los infortunios que los pobres perros tenían que sufrir en el mundo.

Conmovido el Papa, consintió tomar bajo su protección á estos desgraciados y defender sus derechos.

Concedió, pues, la bula que se le pedía, la cual ordenaba á todos los cristianos de tratar desde aquel momento á los perros con dulzura, y alimentarlos con carne; además autorizaba á la gente canina á comer de carne hasta los viénes.

El embajador recibió, loco de contento, la bula apetecida.

Una vez fuera del palacio pontifical, la colocó delicadamente bajo de su cola, en el sitio convenido, y volvió á emprender el camino que ya había recorrido.

Acordándose de las recomendaciones de los ancianos, caminó sin detenerse ni un momento, evitando toda clase de distracciones, huyendo del halago, de todo contacto con los habitantes del país que atravesaba, indiferente á las miradas seductoras de las bellas de cuatro patas que encontraba á su paso, mostrándole las formas más perfectas y finas, dignas del cincel de Fídias y Praxíteles.

Comprendía, en efecto, toda la responsabilidad, y tenía prisa por llegar al término de su misión. Así es que su vuelta se efectuó mucho más de prisa que su ida á Roma.

Llegado á las orillas del Rhin, el buen embajador lanzó un suspiro de satisfacción, al ver que casi podía dar como terminada su comisión. Volvía á su patria, en la que se le recibiría como libertador, como al salvador de todos sus congéneres. Su alegría era tan grande como su cansancio.

Sin embargo, se trataba de atravesar el Rhin. No queriendo que se mojara su sagrado depósito, el valeroso perro buscó un puente; pero por más que hizo no lo encontró. «¡Bah! se dijo, la bula está escrita en pergamino, y á mayor abundamiento, la protegerá mi rabo.» Y se arrojó á la corriente para ganar la otra orilla á nado.

Pensando que sin duda alguna se le esperaría con impaciencia, redobló sus esfuerzos y su velocidad. Ya había llegado á la mitad del río cuando se detuvo de pronto.

Junto á su mismo cuerpo, aunque un poco más adelante, vió un perro que nadaba mirándole. Era su propia imagen reflejada en el agua la que veía el pobre animal; pero con el buen éxito de su empresa, el contento y su propia satisfacción, el aire de su país natal, la alegría del regreso, le habían desgraciadamente hecho perder la cabeza. Creyó que era un compatriota enviado expresamente para complimentarlo. En su entusiasmo, no queriendo pasar por un impolítico ó mal educado, se puso á mover con la mayor precipitación el rabo, para saludar al recién venido y darle las gracias... ¡Ay! había olvidado la bula, que cayó al Rhin.

El buen perro se sumergió y volvió á sumergirse fuera de sí. En vano se puso á sondear en todos sentidos el agua profunda, no pudo encontrar el sagrado pergamino. Desesperado, y viendo que sus fuerzas estaban agotadas, se sumergió otra vez... y no volvió á aparecer más.

Los delegados esperaron mucho tiempo á su embajador. Viendo que se pasaban muchos meses y que no regresaba, temieron alguna desgracia. Sin embargo, decían, hemos escogido un mandatario serio, incapaz de ninguna imprudencia ni felonía. Se había convenido que en caso de accidente, entregaría la bula á otro perro de buena voluntad. A ménos que no haya alcanzado su petición, cosa que parece imposible, vista la justicia de nuestra causa, ó que haya sido muerto á mano airada, la bula debía haber llegado indudablemente á nuestras manos. Quizás puede haber sucedido que el conductor se haya extraviado.»

Se enviaron emisarios á todas partes en busca del embajador ó su suplente. Los mismos delegados se pusieron en movimiento en diversas direcciones, examinando con el mayor cuidado los perros que encontraban, recomendando á todos de mirar, cada vez que encontraran un nuevo compañero, si llevaba bajo su rabo la bula consabida.

La voz de ordenanza fué la siguiente: «Búsquese la bula!» De unos en otros poco á poco se esparció la noticia en toda la población aulladora de la cristiandad; en vano se buscó hasta en los sitios más extraviados al portador del precioso pergamino, pues no se le encontró nunca.

Como siempre se cree conseguir con el tiempo los deseos, la existencia de la bula llegó á aceptarse por todos como artículo de fe. Las madres enseñaron á sus hijos el escondite en que debía ocultarla su poseedor desconocido.

Desde este tiempo los pobres perros esperan siempre la bula del Papa, como los israelitas la del Mesías.

A pesar de los engaños y de los siglos trascurridos, no desesperan de descubrir el escondite bajo un rabo protector. Esta es la causa de que, aún en nuestros días, á



CAZA DE LIEBRES EN LOS ALREDEDORES DE ISMAILIA.

despecho hasta del mismo pudor, los perros se reconocen... *à posteriori*.

C. L.

PAJAROS DOMESTICOS (1).

Los pájaros conservados en jaulas es una moda que no pasará nunca. Por su viveza, por su plumaje de variados colores y su canto, animan la casa, recrean el espíritu y sirven de esparcimiento y diversion.

Ocuparse de las aves es una de las distracciones que mejor sienta á las personas sedentarias, á las mujeres, á las niñas.

¿Quién es el que no ha leído con el mayor gusto el encantador poema de Wordsworth titulado *El Ensueño de la pobre Susana*? Escuchad su traduccion:

«Léjos de Wood street, dice el poeta, está suspendida desde el amanecer la jaula en que el tordo canta sin cesar. Desde hace tres años el ave canta de este modo. Susana, que está pobre y triste, ha pasado por este sitio, y la cancion del pájaro ha resonado en su oído al traves de la mañana silenciosa.

»Susana, al oirlo, ha quedado como encantada: ¿qué tiene? Ve una montaña que se eleva, y en lontananza árboles que ostentan sus verdes plumeros y alegran la vista; masas de vapores brillantes que se deslizan en el cielo, y en el risueño valle serpentea el rio.

»En el fondo del valle, Susana ve verdes praderas que tantas veces ha recorrido con la azada en la mano. Ve una cabaña aislada, verdadero nido de palomas, la sola, la única morada que Susana ama en la tierra.

»Mira. Su corazon está en el cielo. ¡Ay! todo se desvanece: niebla, rio, colinas, sombras. El agua no quiere correr ya. La montaña no aspira á levantarse en el horizonte tranquilo. ¡Pobre Susana! está léjos de la jaula, no oye cantar al pájaro, y con este canto fugaz todo ha desaparecido léjos de sus ojos.»

Todos nos parecemos á la pobre y triste Susana. ¿Quién de nosotros no ha deseado alguna vez en su vida un momento de ensueño, un relámpago de ilusion en medio de estos desiertos de la vida humana en que la actividad de los negocios nos arroja cada dia? Un buen paisaje, la sonrisa de un niño bueno y gracioso, el perfume de una flor prendida en el seno de una jóven, el canto de un pájaro en su jaula suspendida en una ventana, provocan de pronto en nuestro cerebro la alegría de un recuerdo. Con frecuencia ante nuestros ojos aparecen el campo en que nos hemos criado, el riachuelo parlero con que nos hemos alegrado en nuestros primeros años, el estanque en que tantas veces nos hemos aventurado en nuestra barca de pesca, las gargantas de las montañas en que con la escopeta al hombro, el perro al lado, hemos dado nuestros primeros pasos de cazador. Hémos aquí léjos del bullicio de la ciudad, en medio del paraíso por que tanto hemos suspirado, y todo esto nos lo ha proporcionado el canto de un pájaro cautivo en su jaula.

El ave cautiva, ¡qué terrible asociacion de ideas! Sí, los pájaros están cautivos, porque los teneis en jaulas. De modo que estos pájaros son esclavos vuestros, y sin embargo, gozais. En realidad, ¿no sería mejor para dicha de vuestras aves, y para vuestro placer tambien, devolverles su libertad?

Abrid la jaula y que se vaya el ave. Acostumbradlas á vivir familiarmente en vuestros hogares. Esto no es difícil, y os costará ménos trabajo que el que se emplea en tener encerrados en sus jaulas mortíferas á esos seres encantadores, que no piden ni aspiran á otra cosa que á vivir fraternalmente con vosotros, si quereis y os tomáis la molestia de hacerlos vuestros pájaros familiares para que os sirvan de diversion y alegría.

Muchas veces se encuentran en el camino de la vida á ciertos hombres que hacen un oficio de su habilidad en *encantar* aves.

Ellos mismos van á buscarlas al campo, al monte, entre los arbustos, en los muros de las casas, en los techos. Las domestican fácilmente, y la república alada de que se rodean vive con ellos en la mejor armonía, y sin ma-

nifestar nunca el menor síntoma de rebelion ó infidelidad.

La aptitud para instruir aves la tenemos todos: Jorge Sand, Michelet, la Sra. Ermeta Pierotti, la graciosa é infatigable *tourista*, que semejante á mistress Beke, á Mme. Baker, á la esposa de Livingstone, ha acompañado á su marido, el célebre viajero, que ha recorrido el África, el Oriente, la Scandinavia, han vivido familiarmente con los pájaros, y sus observaciones nos garantizan de que en ello no hay sortilegio ni superchería.

La aptitud para encantar las aves no es rara, como parece á primera vista. Los viajeros y cazadores han podido ver que muchos campesinos, y sobre todo las jóvenes, en los países montañosos y de grandes bosques, la poseen. En los Pirineos es muy comun.

Á mayor abundamiento, el ave por su parte se presta á ello con la mejor voluntad del mundo.

Las golondrinas y las cigüeñas habitan casi con nosotros. El colibrí gusta de anidar junto al hombre. El ruiseñor, tan salvaje, tan indomable en la jaula, se somete al momento que oye cantar alguna grave melodía. El pitirojo viene cuando se le llama, y lo mismo, poco más ó ménos, sucede con las demas aves.

En un jardín plantad para estos huéspedes algunos árboles que formen un bosquecillo, y tened cuidado que los chiquillos del jardinero y de la vecindad no los muevan, ni los cazadores furtivos tiendan en ellos sus redes.

La noche, sobre todo, está llena de emboscadas; en las horas sombrías ofreced á los pájaros inocentes un abrigo. Contentos por hallarse á cubierto mientras dura la húmeda oscuridad, seguros de la lealtad de los que los acogen, vuelan dichosos á la mañana, y pagan su hospitalidad con el espectáculo de sus libres canciones, con su vuelo familiar, sin traspasar el horizonte de la casa bienhechora en que se han refugiado.

¡Ah! cómo esta diligencia se ve las más veces recompensada, ¡qué riqueza en la paga!

En la primavera las golondrinas vuelven fieles bajo vuestro techo. Construyen sus nidos hasta en vuestras granjas, y revolotean gorjeando hasta en vuestras mismas habitaciones.

Los ruiseñores anidan en los vallados solitarios. Cien veces al dia, en el momento en que no tienen que temer nada, vendrán hasta el dintel de vuestra puerta á solicitar para ellos y su familia los gusanillos que les reserva vuestra amistosa prevision.

En el verano las curruacas harán su nido en los zarzales, y los reyezuelos en las esquinas y puntos salientes de las casas.

En el invierno el pitirojo visitará vuestra casa y vivirá con vosotros como un comensal. Este pájaro prefiere la sociedad del hombre á la compañía de sus cofrades alados. Se confunde con las aves de las pajareras, pero así que ve á un niño, á una jóven, á un hombre dulce y bueno, se dirige á ellos y no quiere ya abandonar su hogar.

Cuando la estacion es cruda, todas las aves vienen á abrigarse junto al hombre. El reyezuelo se familiariza desde el momento que tiene frio. Los bubrelos, con su canto melancólico, imploran vuestra compasion y os piden vuestro socorro. La curruca de invierno abandona el zarzal que apenas le da abrigo, y á la noche se la ve acercarse á las puertas y ventanas, temblorosa y gorjeando tristemente.

¡Abrid, abrid por Dios al momento al ave que la fortuna os envía! ¡Abrid, pues quizás os traiga la dicha! En cambio vosotros no teneis que darle más que unos cuantos granos y un abrigo.

Todas las aves en su agradecimiento por su bienestar se dejarán acercarse, revoloteando en derredor vuestro con la mayor confianza. Todas harán vibrar en el jardín sus melodías más fascinadoras. Si al principio las inquieta vuestra presencia, muy pronto se acostumbrarán, y las relaciones más amistosas no tardarán en establecerse con el mayor contentamiento de todos. Ya vemos á estos músicos alados que han establecido una especie de intimidad cariñosa con la familia; ¿no es ésta una felicidad, una perpétua alegría para los niños?

El esmerejon, el aguilucho, el alcotan, el gavilan, el cernícalo, que son tan comunes en todas partes y que

habitan en todos nuestros montes y rocas, vienen por sí mismos á ofrecerse á nosotros para que los utilicemos en nuestro provecho.

No hay cosa tan atractiva como la sociedad de estos animales domesticados.

Cuenta un escritor que se ha ocupado mucho del estudio de las aves, que conoció un esmerejon que atendía al nombre de *Pittz*. Su dueño lo había domesticado con una gran paciencia, y el discípulo sobrepujaba en discernimiento á los animales domésticos mejor dotados de instinto más exquisito.

Pittz se había criado en completa libertad. Únicamente de tiempo en tiempo desaparecía, sin dejar las señas de su domicilio. Era en la época del celo.

Éste era el solo defecto que se le conocía, y, sin embargo, los cuidados que daba á su familia no le impedían algunas veces regresar á la casa de su dueño á la hora de comer.

Si la ventana estaba cerrada, se sostenía con una pata, y con la otra arañaba en los cristales hasta que se le abría. Terminada la comida, abandonaba de nuevo la casa y se reunía con su familia.

Cuando la empolladura no tenía necesidad de sus cuidados, volvía á la casa y se mantenía en ella sin abandonarla hasta el año siguiente.

No le agradaba estar en otra parte más que en casa de su dueño; algunas veces se entretenía en dar caza á los pájaros; pero así que llegaba la noche, regresaba fielmente y comía su botín.

Era un picaruelo. Necesitaba de que lo alabara el amo, lo acariciara el ama, lo mimaran los hijos, que lo relleñaran de azúcar, de dulces y grajeas todos los amigos y conocidos de la casa.

En una ocasion estuvo mucho tiempo ausente, y su amo le creía ya muerto, cuando lo encontró metido en una jaula en casa del alcalde de un pueblo vecino.

Un dia que tenía hambre había visto que se habían puesto á la mesa, y como tenía de costumbre, se había convidado, arañando los cristales del balcon. Los niños, encantados, abrieron al momento, y Dios sólo sabe la alegría con que fué acogido el peregrino alado.

Pittz, sin aturdirse en lo más mínimo, comió con mucho apetito y maravilló á sus huéspedes con sus gracias y sus movimientos de cabeza, que, segun la costumbre de su raza, renovaba cada vez que se le ofrecía alguna golosina.

Estos saludos de buena educacion parecieron al alcalde signo inequívoco de que se le había educado para recreo y esparcimiento de una persona distinguida y de alta posicion social, sacando en consecuencia que *Pittz* pertenecía á una buena casa, que no dejaría de reclamarlo. Así es que dió orden de que se cerraran todas las salidas y se metiera en una jaula.

Cuando se vió cogido el pobre *Pittz*, quiso por todos los medios posibles escapar de su prision; y para indicar que quería partir se puso á revolotear contra los cristales, dando en ellos fuertes picotazos.

Su reclamacion no fué escuchada, y á pesar del derecho de gentes, fué puesto en la jaula. El pobre *Pittz* no tenía por qué estar alegre. En vano se fijaban sus ojos en el espacio libre, para él perdido por su desgracia.

Por último, su dueño verdadero lo encontró, y excusamos referir la alegría con que *Pittz* salió de su prision.

La leccion fué provechosa, y desde entónces no hubo medio de decidirle á entrar en más casa que la de su amo, que miraba como la suya propia, y en la que gozaba de la más completa libertad.

V. C.

LOS DENTISTAS DE CABALLOS.

Cuando las cosas están bien contadas, no hay para qué contarlas de otro modo, sobre todo cuando no ha de hacerse mejor, dice un sabio preceptista; así es que copiamos al pié de la letra el curioso artículo que publica con el citado epígrafe *La Asociacion Rural*, del Uruguay, periódico que sale á luz en Buenos Aires.

Hélo aquí:

«Segun hemos visto en una Revista inglesa, hace

(1) Véase el número anterior.

tiempo que los veterinarios se ocupaban mucho de la influencia de la dentadura del ganado mayor, particularmente de los caballos, no sólo en su salud, sino en su modo de ser, y sobre todo en su docilidad; pero hasta ahora no se había presentado al público ningún facultativo titulándose *especialista* y llamándose profesionalmente *dentista de caballos*. Este hombre es el Dr. C. D. House, verdadera maravilla en su arte, y del cual se ocupa con grandes elogios la prensa de los Estados-Unidos, y como todo ejemplo que da por resultado considerables ganancias encuentra indudablemente imitadores, ya han aparecido en Inglaterra y Francia otros *dentistas de caballos*.

» Los dolores de muelas, dice el Dr. House, son más frecuentes en los caballos de lo que generalmente se cree; y la causa de ese mal, que tanto influye en esa especie, no tiene otro origen que la mala calidad de los frenos que en ellos se emplean, los cuales rompen ó gastan las muelas, forman cáries que ponen en descubierto el nervio, y el menor rozamiento los exaspera; de aquí el desbocarse tan á menudo los caballos, su enflaquecimiento por no poder comer, y las enfermedades que en ellos producen el tragar los alimentos sin la suficiente masticación.

» No hace muchos días que el famoso caballo *Sócrates*, que tantos premios ha ganado en las corridas, en un acceso de rabia tiró un fuerte mordisco al jefe de las caballerizas en Treston, M. Smith, poniendo su vida en grave riesgo.

» En la imposibilidad de aquietar al cuadrúpedo, llamóse al célebre veterinario M. House, y sin titubear un momento, con sólo ver la actitud del caballo, diagnosticó la enfermedad con el mayor aplomo: el animal tenía *dolor de muelas*.

» La concurrencia era numerosa: se trataba de un caballo de gran celebridad, y los aficionados á las populares y lucrativas carreras estaban muy preocupados é interesados en la salud del siempre victorioso campeón.

» Con asombro de todos, M. House se acercó al *Sócrates* muy dulcemente, y cual si fuera uno de esos domesticadores de serpientes de la India, extendió sobre la cabeza de la bestia ambas manos, y el animal le miró como asombrado: después de acariciarlo un momento, seguro de lo que hacía y sin temor de ninguna especie, le abrió la boca, introdujo en ella la mano derecha, le examinó la dentadura, y anunció que tenía tres muelas muy cariadas y que era necesario *empastárselas*, ni más ni menos que si se tratase de las muelas de un banquero, de un Senador ó Consejero de Estado. Presente el dueño de tan valioso animal, suplicó al *dentista* que procediese á la operación, y un momento después el ayudante de M. House entraba en la lujosa cuadra con la caja de instrumentos. La curiosidad de los presentes era grande.

» M. House sacó el caballo al patio cual si fuese un cordero.

» — Ya sabe él que voy á curarlo — dijo el Doctor. — Los caballos son muy inteligentes, más que los hombres.

» El ayudante sostuvo la cabeza de *Sócrates* mientras que el Doctor hacía ver á la concurrencia las muelas carreadas.

» El caballo estaba inmóvil.

» — ¿Quieren ustedes saber si es cierto lo que digo? — Verán ustedes.

» M. House tomó una paja del suelo, abrió nuevamente la boca al caballo, y poniéndose en guardia, introdujo una de las puntas en la picadura de la muela hasta tocar el nervio; lastimado el caballo, se enfureció, y fué necesario un rato de frases y caricias para aquietarle nuevamente.

» Mucho habríamos de escribir, si pretendiésemos hacer una exacta descripción de los instrumentos que usa el Doctor House en su especialidad, ó pintar la manera fácil y rápida con que extrajo una de las muelas al caballo, y le empastó dos con hojas finísimas de plomo.

» Terminada la operación, sacudió *Sócrates* majestuosamente la cabeza, y estirando el cuello se puso á lamer las manos de su dentista.

» Un momento después le trajo uno de los vecinos un caballo ya viejo, de catorce años, el cual no hacía caso del pienso y estaba siempre triste y mustio.

» M. House lo examinó, y dijo que tenía una muela rota en cada lado de la mandíbula inferior, y que las puntas le habían ulcerado interiormente los labios; el público se convenció de ello. «Había dos cosas que hacer,

dijo el Doctor: arrancar una de las muelas que estaba ya inservible, y limpiar la otra»; ambas operaciones se hicieron en el acto, y concluidas éstas, dispuso el Doctor que se diese un buen pienso al caballo en presencia del público; al principio tomó muy pocos granos y los masticó lentamente, cual si temiera lastimarse; pero acto continuo se lanzó á la cebada, que la devoró en un instante; el público, ante una prueba tan convincente y rápida, aplaudió frenéticamente.

» Encontrábase entre los concurrentes otro célebre poseedor de caballos de alto precio, destinados á las carreras, y entrando en conversacion con M. House, le hizo dar algunas explicaciones al investigador de la *Odontalgia Veterinaria*.

» — Mi profesión, dijo M. House, es la de veterinario, carrera que emprendí y he seguido con grande afición y entusiasmo. Todos los animales me interesan sobremanera. En ellos veo seres que sienten y piensan, que tienen aspiraciones y deseos, que sufren y gozan; son *nuestros hermanos mudos*; más inteligentes que ellos, los heinos subyugado y puesto á nuestro servicio; menos fuertes que el toro y el caballo, inmensamente más débiles que una ballena, arrancamos á ésta del seno de los mares, subyugamos á aquéllos para utilizar sus fuerzas en nuestro provecho. El hombre es injusto con los demás seres sus compañeros en la creación; y yo, que siento por ello grande lástima, me he dedicado á hacerles el bien que puedo; el caballo, que es el mejor compañero del hombre, me es muy simpático, y he logrado entenderme con él perfectamente.

» — Hace muy pocos días, añadió el Doctor, que descendía por *Broadway*, y vi que un carretero se esforzaba en vano en contener un caballo que daba grandes botes, mientras que su dueño juraba como un loco asido de las riendas; el caballo tenía delante una cuba de agua.

» — ¿Qué sucede? le pregunté tranquilamente al carretero.

» — ¡Qué ha de suceder! Que este demonio de caballo se me vuelve loco cada vez que le doy de beber.

» — Algo tendrá, le contesté.

» — ¡Qué ha de tener, señor! Es ya una costumbre que ha tomado, y no hay quien se la quite.

» — Me acerqué al animal, le examiné la dentadura, y como estaba cerca de mi establecimiento, le supliqué me siguiera; hízolo así, le empasté una muela que tenía carreada, con gran asombro del carretero, y su mal consistía en que el agua fría le lastimaba el nervio; acto continuo acerqué el caballo al pilon, que bebió tranquilamente, y desde que se le empastó no ha vuelto á tener novedad, según me ha dicho su dueño, que al encontrarme por la calle me da siempre las gracias sonriéndose.

» Puedo asegurar á ustedes, añadió M. House, que no hay animal ni más noble, ni más dócil que el caballo.

» Más puedo decir: *no hay caballos viciosos*, y así declaro que yo, que he adquirido gran fama como domador de caballos, no he hecho otra cosa con ellos que dejarlos en completa libertad, estudiarles el cuerpo detenidamente, y siempre he descubierto alguna configuración especial, algo en la boca, en la cola, en el vientre ó en la espalda del animal, que hace necesario la modificación de la silla, de las cinchas ó del freno; no es posible que un mismo freno sirva para todos los caballos, y mucho menos una misma silla, como no sirve á todos los hombres un mismo frac, ni á las señoras un mismo corsé. Un sér racional, por decoro, por presunción, ó por miramientos, sufre con paciencia que le apriete una bota, le moleste una costura, ó le oprima demasiado un corsé; pero los seres irracionales, que no tienen estos miramientos, se descomponen y se irritan cuando les molesta algo; así es que *la culpa es nuestra*, porque no nos tomamos el trabajo de descubrir la causa que los lastima ó molesta.

» He dicho ántes que me entiendo perfectamente con los caballos, y no deben ustedes extrañarlo. Los médicos especialistas de niños, y las madres que han tenido muchos hijos, adivinan las enfermedades de sus hijos; la manera de llorar un niño, sus movimientos, sus gestos, indican claramente al médico especialista de niños, ó á la hermana de la caridad que ha pasado su vida en los hospitales de niños, *dónde tiene el dolor*, y casi nunca se equivocan. Yo paso por la calle y puedo decir entre mil

caballos que veo cuáles son y están perfectamente bien, y cuáles sufren de algo. Puedo decir más: con observar su mirada, con sólo ver su posición, por infinidad de detalles descubro lo que padece, y muy rara vez me equivoco en lo que tiene un caballo. Dadme el caballo más descompuesto, dejadme diez minutos con él, y respondo que nos veréis juntos acariciándonos mutuamente como los dos mejores amigos.

» La Revista que extractamos dice que el establecimiento de M. House se ve lleno diariamente de pacientes, y los ayudantes del ya célebre Doctor no paran en su trabajo de extraer muelas, limar, empastar, y aún colocar piezas postizas en las dentaduras de los caballos.

» El número de los caballos indómitos que se presentan diariamente al Doctor es increíble. M. House hace que los ensillen y arreglen con las sillas y frenos de costumbre, y á veces con sólo alargar ó recoger una correa deja al caballo tranquilo. Y es lo mejor del caso que M. House no hace un misterio de su habilidad; en cada caso hace su explicación y su demostración; pero como no hay dos casos iguales, sólo M. House sabe poner el dedo en la llaga, como vulgarmente se dice.»

X.

LOS DOS CONEJOS.

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
No diré corria,
Volaba un conejo.
De su madriguera
Salió un compañero
Y le dijo: —Tente,
Amigo, ¿qué es esto?
—¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llevo....
Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.
—Sí (replica el otro)
Por allí los veo....
Pero no son galgos.
¿Pues qué son?—Podencos.
—Qué, ¿podencos dices
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos:
Bien visto lo tengo.
—Son podencos: vaya,
Que no entiendes de eso.
—Son galgos te digo.
—Digo que podencos.
En esta disputa,
Llegando los perros,
Pillan descuidados
A mis dos conejos.
Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

TOMÁS DE IRIARTE

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 12 DE DICIEMBRE DE 1879, Á LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de diez pichones y dos tiradores, la ganó, matando siete de once tiros, el Sr. Conde de Gomar, contra D. Eduardo Anspach.

La segunda piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y dos tiradores, la ganó, matando tres de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Sr. Conde de Gomar.

Don Eduardo Anspach tiró diez pichones á 30 metros, matando los diez de diez tiros. Después tiró otros diez á 31 metros, matando ocho de diez tiros, y por fin tiró cinco á 36 metros, matando tres de cinco tiros. La tirada terminó á las cuatro.

GACETILLA.

DÍAS DE FORTUNA.—En el *Boletín Oficial* de Pamplona se ha publicado una circular sobre caza, recordando la prohibición que establecía el Real decreto de 3 de Mayo de 1834 para cazar en los días de nieve y los llamados de fortuna. Y como quiera que esa prohibición no fué tan respetada como debiera, y como quiera también que la ley siempre ha tenido en cuenta el daño que se causa abusando de la concesión que otorga para ejercer el derecho que la misma concede, el precepto del Real decreto citado se repite en el art. 21 de la publicada en 10 de Enero último.

Deber es de todos cumplir esa disposicion sin que una costumbre perjudicial y mal establecida sea una razon que justifique la falta de obediencia y respeto á una ley del Estado, y esa costumbre se ha establecido por el deseo del lucro y por la facilidad que en los citados dias existe para adquirir con poco trabajo los animales que despues en el mercado alcanzan exorbitante precio.

En su consecuencia, quel celoso gobernador civil en-carga á los señores alcaldes, Guardia civil y demas depen-dientes de la autoridad, no consientan ni toleren que se cace en los dias de nieve y fortuna, denunciando á los jueces munici-pales la menor infraccion que en sus jurisdicciones se cometa, y dando cuenta al Gobierno de provincia de las denuncias que presenten.

NUBE DE ESTORNINOS.— Los olivares de Vinaroz han sido invadidos por un enjambre de estorninos, que atacan á la aceituna de una manera desastrosa. Multitud sale á perseguirlos, y todos los propietarios se apresuran á recoger los frutos que tienen en los campos.

UNA LIEBRE DE 70 PESETAS DE COSTE.— Ademas de los cazadores furtivos, existen cazadores clandestinos, que no teniendo cotos reservados para cazar, viven sobre los de los demas, y autorizados por una sencilla licencia de armas, no vacilan un momento en dedicarse á su pasion favorita.

Uno de éstos habia matado, no hace muchos dias, en un coto reservado de los alrededores de esta capital, una liebre, que se disponia á meter en el zurrón, cuando dos de sus accionistas, estando de caza no lejos de aquel sitio, y atraídos por la detonación, se presentaron ante el delincuente y le pidieron cuenta de su atentado.

Comprendiendo éste lo comprometido de su situacion, trató de salir del mal paso ofreciendo la liebre muerta; pero esta satisfaccion no pareció suficiente á los cazadores lesionados, que quisieron hacer un ejemplar con este detentador: tasaron, pues, el precio de la liebre en 70 pesetas, bajo pena de entregarlo á los procedimientos de la ley.

El cazador clandestino no tuvo más remedio que asen-tir á los deseos de los accionistas, y guardó su presa, que sólo valia, bien pagada, 10 á 12 reales, y cuya carne debió parecer al delincuente muy dura de tragar.

GRANDES CACERÍAS REALES.—En la última batida de caza ofrecida por el Rey de Dinamarca al Rey de Suecia, Príncipe de Gales y Czarewitch, en la isla de Ilveen, fueron muertas por los reales convidados 115 liebres.

LA CAZA EN SIDNEY.—Dos ingleses que habian ido á visitar la Exposicion universal de Sidney, en el hemisferio

A los kangarús se les tira á caballo, con una escopeta del calibre de á 12 cargada con postas.

Despues los dos viajeros dieron caza á los caballos silvestres, que los colonos se ven obligados á matar para salvar sus pastos y sus caballos domésticos, á los que sus congéneres salvajes rompen las cuerdas que los sujetan á las estacas.

Se les tira con carabinas de precision. Su captura no ofrece ventajas pecuniarias, como en Méjico, ni ninguna utilidad doméstica, teniendo la colonia más caballos que los que necesita para su uso.

Estos caballos tienen el mismo origen que los de las pampas de América, siendo la progenie de los caballos escapados á los primeros colonos, y que no se pudieron recoger.

NUBES DE MOSQUITOS.—En el departamento de Bouches-du-Rhone, en Francia, se ha presentado hace pocos dias una verdadera nube de mosquitos en los pueblos vecinos á los estanques.

En Crau, principalmente, han sido tantos los mosquitos, que los viajeros no han podido continuar su camino, viéndose obligados á buscar un refugio en las primeras casas que encontraban á su paso.

Los cazadores que se habian dirigido á estos sitios han tenido que volverse, despues de haber sufrido sus dolorosas picaduras.

Otras nubes de estos mismos animales ha invadido el territorio de Aix, y los cazadores que habian ido al Pasdes-Lanciers se han visto obligados á renunciar á su empresa.

En las Martigues, en Saint-Chamas y en Miramas se han encendido grandes hogueras para ahuyentar estos huéspedes importunos y dañosos.

En el campo de los alrededores de Marsella han sufrido la misma invasion.

BUEN NEGOCIO.—Powell, el famoso *ecuyer* anglo-americano que ha ganado el gran *walking-match* en Nueva-York, ha cobrado, ademas de la apuesta, una suma de 30.000 dólares, unas 150.000 pesetas, por la venta de entradas al local durante los seis dias que ha durado el *match*.

BUENA PERRA MADRE.—En Fifeshire hay una perra en la actualidad que amamanta á sus hijos, un gato y un cerdo.



DESTRUCCION DE CUERVOS.

austral, han penetrado en el interior de la colonia, para cazar kangarús.

En nueve dias mataron 648, cuyas cabezas fueron compradas, á razon de un franco 25 céntimos cada una, por el representante del Gobierno colonial, que tiene asignada una recompensa para la destruccion de los marsupiales. Esta suma ha sido suficiente para pagar los gastos de la excursion.

MEJORAS PARA EL AÑO 1880.

Estamos para terminar el año segundo de la publicacion de LA ILUSTRACION VENATORIA, y al inaugurar el tercero, podemos ya asegurar á nuestros camaradas y constantes favorecedores que, en el próximo año de 1880, nuestro ya afamado periódico va á aumentar mucho en magnificencia y lujo.

Al efecto, hemos hecho un contrato con una casa de Alemania para publicar la más rica y costosa coleccion de láminas de caza que hasta ahora se ha dibujado y grabado en ese adelantado país, magnífico emporio de las ciencias y de las artes en el adelantado siglo XIX. Ya tenemos en nuestro poder la admirable coleccion de grabados, que pueden ver los cazadores que gusten acercarse á nuestra Redaccion.

Se trata de una lujosa obra titulada *Wanderungen durch das Thierreich aller Zonen von Gustav Jaeger. Mit Bildern von Fr. Specht. Holzschnitte von Adolf Closs*, ó sea un estudio del reino animal de todas las zonas, descrito é ilustrado por distinguidos escritores y artistas, que se publicará en Stuttgart, en Rusia, en Prusia, en Austria, en Inglaterra, en Francia y en Italia, al mismo tiempo que nosotros la publicaremos en España con el derecho exclusivo que hemos adquirido en toda forma.

Simultáneamente daremos otra coleccion de láminas de escenas venatorias y piscatorias de nuestras costumbres meridionales.

De tal modo saldrá magníficamente ilustrado nuestro periódico.

El *Prospecto-Almanaque de Cazadores* para 1880, que hemos publicado, está á disposicion de todos nuestros lectores, quienes podrán pedirnos cuantos ejemplares quieran repartir gratis entre sus amigos, seguros de que nosotros se los enviaremos gustosa y regaladamente. Nuestro principal objeto es dar una gran circulacion á nuestras publicaciones, y esperamos que nuestros camaradas en particular, y las Sociedades de caza en colectividad, nos ayuden en este propósito.

Los señores suscritores, cuyo abono concluya á fin de este mes, se servirán renovarlo, si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números del año próximo; teniendo en cuenta que, si bien la suscripcion cuesta á razon de 8 reales al mes, 24 el trimestre, 48 el semestre y 96 el año haciéndola por fracciones de año, pueden obtener una gran rebaja suscribiéndose por un año entero, con tal de que libren anticipadamente 80 reales en letra de comercio ó libranza del Giro Mutuo, haciendo el pedido directamente á la Administracion de LA ILUSTRACION VENATORIA, calle de Espoz y Mina, núm. 3, en Madrid.